

bate. Libre ya de aquellos dos adversarios, trató el *Pluton* de ir á socorrer á los franceses que se hallaban agoviados por el número, gracias á los buques que emprendieron la retirada, faltando á su deber.

Detrás del *Pluton*, se dió un combate memorable, digno del que sostuvo el *Temible*, y tan sangriento como él, por el *Algeciras*, navío que montaba el contra-almirante Magon, natural de la isla de Francia, hijo de una familia de San Malo, jóven todavía, y de tan bella figura como valiente. Al principiar la accion, reunió á su gente, y prometió al primer marinero que se arrojase al abordage, un soberbio tahalí que le habia regalado la Compañía de Filipinas, de suerte que todos querian hacerse acreedores á semejante premio. Portándose en seguida como se habian portado los comandantes del *Temible*, el *Fogoso*, y el *Pluton*, avanzó el contra-almirante Magon con el *Algeciras*, para ver de cerrar el camino á los ingleses, que querian cortar la línea, y se encontró con el *Tonante*, navío de ochenta cañones, francés en otro tiempo, inglés desde lo de Aboukir, y montado por el capitán Tyler, oficial sumamente animoso. Acercóse á él todo lo que pudo, le hizo fuego, y virando de costado enredó el bauprés en los obenques del navío enemigo, de suerte, que como los obenques son unas escalas de cuerdas, que ligando los mástiles al casco del navío, sirven para afirmarlos ó subirlos, quedó atado á su enemigo. Entonces reunió Magon en torno suyo á los marineros de mas vigor para conducirlos al abordage; pero les sucedió lo mismo que á la tripulacion del *Temible*, pues cuando se

hallaban reunidos en el puente y el bauprés, dispuestos á caer sobre el *Tonante*, sufrieron de otro navío inglés que se habia puesto de costado, varias descargas de metralla que derribaron á muchos de ellos. Entonces fué preciso, antes de pensar en seguir el abordage, responder al nuevo enemigo que habia acudido. y á otro que iba á reunirse con los dos que ya habia, para disparar contra los costados ya destrozados del *Algeciras*. Mientras que Magon se defendia contra aquellos dos buques, le abordó el capitán Tyler, quien se proponia tambien caer sobre el puente del *Algeciras*; pero él lo recibió á la cabeza de la tripulacion con una hacha en la mano, egemplo que imitaron sus marineros, siendo rechazados los ingleses. Por tres veces volvieron á la carga, mas otras tantas los rechazó del puente del *Algeciras*, cayendo muertos su lado Letourneur, capitán de pabellon, y herido el teniente de navío Plassan, que tomó el mando. En cuanto á Magon, á quien distinguian los enemigos por su brillante uniforme, recibió un balazo en el brazo, vertiendo por la herida mucha sangre; pero sin hacer caso quiso permanecer en su puesto, hasta que recibió otra herida en la espinilla. Entonces empezaron á abandonarle las fuerzas, y viendo Mr. de la Bretonniere, quien habia ascendido á capitán de pabellon, que apenas podia sostenerse en el puente de su navío, cubierto de destrozos y cadáveres, le suplicó que bajase por un momento al hospital de la sangre, para que á lo menos le vendasen las heridas, y no perdiese las fuerzas con el derrame de sangre. Esperanzado Magon de poder volver á tomar par-

te en el combate, se decide á oír las súplicas de Mr. de la Bretonniere, y apoyado en dos marineros baja al entrepuente; pero la metralla penetraba por los costados hechos pedazos del navio, y Magon recibe en el pecho otro balazo, quedando muerto. Esta noticia esparce la consternacion á bordo del Algeciras, y deseando vengar los nuestros á un gefe tan digno de cariño como de admiracion, pelean con encarnizada furia; mas los tres palos mayores habian sido derribados, las baterias se hallaban desmontadas, ó las obstruian los destrozos de los mástiles; y de seiscientos cuarenta y un hombres, ciento cincuenta habian muerto, saliendo heridos ciento ochenta. La tripulacion, refugiada en el castillo de popa, solo podia disponer de parte del navio; no quedaba ya esperanza ni el menor recurso, cuando hace otra descarga contra el enemigo, y rinde el pabellon defendido con tanto valor por el contra-almirante.

Otros luchaban todavía detrás del *Algeciras*, aunque el dia estaba ya muy adelantado, pues aunque el *Bahama* se habia alejado, el *Aguila* seguia peleando con valor, no rindiéndose hasta que se vió obligado á ello por las crueles pérdidas que sufrió, y la muerte de su gefe el capitán Gourregue. El *Swiftsure*, que los enemigos tenian empeño en volver á conquistar porque habia sido ingles, se portó con igual denuedo, y solo cedió al número cuando ya tenia en la bodega seis pies de agua. Detras del *Swiftsure* se hallaba el navio francés *Argonauta*; pero despues de sufrir algunas averias se retiró; batiéndose en puesto con valor el *Berwich*. Los buques espa-

ñoles *Montañés*, *Argonauta*, *San Nepomuceno* y *San Ildefonso*, abandonaron el campo de batalla; pero en cambio Gravina, que montaba el *Príncipe de Asturias*, envuelto por los buques ingleses que doblaron el otro extremo de la línea, se defendió, aunque estaba solo contra ellos, con extraordinaria energia. Estrechado por todas partes, acribillado á balazos, se mantuvo firme, y hubiera sucumbido si no le hubiesen socorrido el *Neptuno*, que ya hemos visto hizo esfuerzos para volver á ganar el barlovento, á fin de poder ser útil, y el *Pluton*, que habiendo conseguido zafarse de sus contrarios, se fué en busca de nuevos riesgos; pero por desgracia cuando estaba para terminarse aquel combate, recibió Gravina una herida mortal.

Por último, al otro extremo de aquella larga línea, que se conocia por las llamas, los restos de los buques que flotaban sobre las aguas, y millares de cadáveres mutilados, llenó á los combatientes de horror, y de admiracion á nuestros enemigos, otra escena espantosa. Acometido por varias partes el *Aguiles*, se defendió obstinadamente; pero de resultas del fuego empezó á arder el casco del buque, siendo urgente por lo mismo abandonar los cañones para correr á apagar el incendio, que se estendia con rapidez. Temiendo sin embargo los marineros del *Aguiles*, no se aprovechase el enemigo de aquella coyuntura para adquirir ventajas sobre ellos, cuando estuviesen ocupados en cortar el incendio, quisieron mejor que abandonar sus cañones, dejar que el fuego invadiese el buque. Poco despues empezaron á salir de él torrentes de humo, lo cual aterró á los

ingleses, quienes se decidieron á alejarse de aquel volcan que amenazaba hacer esplosion, sepultando á todos indistintamente. Dejaronle, pues, solo, aislado en medio del abismo, y se pusieron á considerar aquel espectáculo que debia terminar de un momento ú otro con una catástrofe horrible. La tripulacion francesa, ya muy diezmada por la metralla, se dedicó, así que se vió libre de enemigos, á apagar las llamas que devoraban su buque; pero ya no era tiempo, habiendo tenido que pensar únicamente en salvarse. Echóse al agua todo lo que podria sobrenadar, como barricas, mástiles y vergas, y sobre aquel asilo flotante buscaron los nuestros refugio contra la esplosion que se aguardaba por instantes; y efectivamente, apenas se habian arrojado al mar algunos marineros, cuando el fuego que habia llegado á la Santa Bárbara, hizo que el *Aquiles* saltase con un ruido espantoso, que aterró hasta á los mismos vencedores. Los ingleses se apresuraron á enviar lanchas para que recogiesen á los infelices que se habian defendido con tanta nobleza; pero pocos lograron escapar de la muerte, pues la mayor parte se hallaban a bordo en el momento de la esplosion, siendo arrojados al aire con los heridos de que se encontraba atestado el buque.

Eran las cinco de la tarde, y casi en todas partes habia terminado la lucha, hallándose destruida de un extremo á otro la línea, cortada al principio por dos puntos, y luego por tres ó cuatro, gracias á los buques que no habian sabido mantenerse formados en batalla. Al ver Gravina, á quien habian libertado el *Neptuno* y el *Pluton*,

y que hacia de general en jefe, que unos buques no existian y otros habian huido, mandó retirarse á los dos que acababan de prestarle socorro, el *Príncipe de Asturias*, que era el que montaba, el *Héroe*, el *Indómito* y el *Argonauta*, navios franceses, y cinco españoles, esto es el *Rayo*, el *San Francisco de Asís*, el *San Justo*, el *Montañés* y el *San Leandro*, que ya hemos dicho salvaron su existencia pero no su honor. Es decir que once fueron los que se escaparon del desastre, sin contar los cuatro del almirante Dumanoir, que se retiraron por sí, debiendo añadirse á los quince indicados, las fragatas, las cuales situadas como se hallaban á sotavento, no hicieron lo que podia esperarse de ellas para socorrer á la escuadra. Diez y siete navios franceses y españoles fueron apresados, y uno saltó; la escuadra combinada perdió de seis á siete mil hombres, entre muertos, heridos, ahogados y prisioneros, no habiéndose visto en el mar una escena de tanto horror como la que tuvo lugar en aquellas aguas.

Los ingleses alcanzaron una victoria completa; pero la compraron á costa de mucha sangre, pues de los veinte y dos buques á que ascendia su escuadra, casi todos perdieron los palos mayores, algunos quedaron enteramente inservibles, y otros necesitaban grandes reparos. En cuanto á gente, perdieron unos tres mil hombres, gran número de oficiales, y al ilustre Nelson, pérdida que debian sentir mas que la de un ejército; pero se llevaron á remolque diez y siete buques, casi todos desmantelados ó próximos á irse á pique, y prisionero á un almirante. No hay duda en que

conquistaron la palma de la habilidad, y la experiencia, unidas á un valor innegable; pero nosotros fuimos derrotados con gloria, porque quizá no haya ejemplo en la historia de tan heróicos sacrificios como los que en Trafalgar hicieron los vencidos.

A la caída de la tarde se encaminó Gravina hácia Cádiz con once navios y cinco fragatas, mientras que el contra-almirante Dumanoir se dirigia hácia el estrecho por temor de encontrarse á los enemigos.

El almirante Collingwood se puso luto por la muerte de su gefe, pero creyó que no debía seguir el consejo que dió al tiempo de morir, y en vez de fondear resolvió pasar la noche con las velas cargadas. Desde allí se veia la costa y el funesto cabo de Trafalgar, del cual tomó nombre la batalla, y empezaba á levantarse un viento peligroso, oscureciéndose la noche, cosa tanto mas de sentir para los buques ingleses, cuanto que á causa de las averias que habian sufrido maniobraban con dificultad, y tenian ademas que remolcar ó escoltar á los diez y siete buques apresados. Pronto adquirió el viento mayor violencia, sucediendo á los horrores de una batalla cruenta los de una tempestad espantosa, como si el cielo quisiera castigar á las dos naciones mas civilizadas del globo, así como las mas dignas de dominarle unidas con utilidad propia y de él, por el furor de que se hallaban animadas una contra otra. Gravina y los once buques que llevaba á sus órdenes, tenian en Cadiz un asilo seguro y cercano; pero lo que es Collingwood, que se hallaba demasiado distante de Gibraltar, solo con-

taba con la inmensidad de las olas para descansar de las fatigas y sufrimientos que le habia costado la victoria. A los pocos instantes, la noche mas cruel aun que el dia, mezcló á los vencidos con los vencedores, haciendo temblar á todos bajo el poder de una mano mas poderosa que la del hombre victorioso, esto es, la de la naturaleza irritada. Los ingleses se vieron obligados á abandonar á los buques que llevaban á remolque, ó renunciar al proyecto de vigilar á aquellos á que daban escolta, no pudiendo nosotros menos de admirar las singulares vicisitudes que presenta la guerra marítima. Llenos de júbilo varios de los vencidos al ver aquella horrosa tempestad, concibieron la esperanza de recobrar los buques y con ellos la libertad, habiendo tenido los ingleses que custodiaban al *Buccentauro*, que entregar por falta de socorro á los restos de la tripulacion francesa nuestro navio almirante. Enagenados estos de gozo al verse libres de un peligro espantoso, pusieron en el desmantelado navio algunas bandolas, ataron á ellas algunos pedazos de velas, y se dirigieron hácia Cadiz, empujados por el huracan. El *Algeciras*, digno del desgraciado Magon cuyo cadáver llevaba á bordo, trató tambien de recobrar su libertad favorecida por la tormenta, á pesar de que lo custodiaban setenta ingleses entre oficiales y marineros. Mutilado y todo como se hallaba, como el *Algeciras* se habia construido hacia poco, se sostenia sobre las olas, á pesar de sus profundas heridas; pero le faltaban los tres palos mayores, esto es, el del puente que tenia quince pies, el de mesana de nueve, y e

trinquete de cinco. El buque que lo remolcaba, pensando en su propia salvacion, soltó el cable con que le tenia sujeto, y los ingleses que lo custodiaban tiraron cañonazos pidiendo socorro; pero nadie les respondió. Entonces se dirigieron á Mr. de la Bretonniere, y le suplicaron les ayudase con su tripulacion á salvar el buque y la vida de todos, proposicion que animó á Mr. de la Bretonniere. Inmediatamente pidió le permitiesen tener una conferencia con sus compatriotas que se hallaban detenidos en la bodega, y así que consiguió el permiso fué en busca de los oficiales franceses, á quienes manifestó la esperanza que tenia de arrebatár á los vencedores el *Algeciras*. Todos unánimemente convinieron en que debía aceptarse la proposicion que les hacian, y ya que estuviesen en el buque enemigo, arrojar se sobre los ingleses, quitarles las armas, trabar contra ellos una lucha á muerte en medio de aquella densa oscuridad, y mirar en seguida como mejor pudiesen por su salvacion. Quedaban doscientos setenta franceses, desarmados es verdad, pero dispuestos á todo por recobrar su buque, y los oficiales se esparcieron entre ellos, participándoles el proyecto, proyecto que fué acogido con muestras de alegría. Convínose en consecuencia en que Mr. de la Bretonniere intimaría la rendicion á los ingleses, y si no querian rendirse, en caer sobre ellos cuando el gefe hiciese la señal oportuna. El terror que infundia la tempestad, el temor de dar con la costa que estaba cerca, todo lo olvidaron los nuestros pensando únicamente en aquel nuevo combate, que era una especie de lucha civil en presencia de los desenfrenados elementos.

Mr. de la Bretonniere vuelve en busca de los ingleses, y les dice que el abandono en que dejan al navio en medio de un peligro de tanta gravedad, ha deshecho todos los compromisos, que desde aquel momento se tienen por libres los franceses, y que si, por lo demas, creen los ingleses que deben pelear por salvar su honor, pueden hacerlo; pero que tuviesen entendido que de sarmada y todo iba á caer sobre ellos la tripulacion francesa. Efectivamente, no pudiendo dominar su impaciencia dos marineros franceses se arrojan sobre los centinelas ingleses, y son heridos mortalmente: Mr. de la Bretonniere contiene el tumulto, y da tiempo á los ingleses para que reflexionen, como así lo hacen, decidiéndose á poco rato, al ver los pocos que eran, lo crueles que se habian manifestado sus compatriotas, y el peligro de que se hallaban amenazados vencedores y vencidos, á rendirse á los franceses, con la condicion de que habian de recobrar su libertad así que pisasen las playas de Francia. Mr. de la Bretonniere promete interceder para con su gobierno á fin de que les deje en libertad, se entiende si logran arribar á Cádiz, y la tripulacion empieza á dar vivas, poniéndose á trabajar con ardor. Búscanse masteleros en las provisiones de reserva, se izan, se les sujeta á los trozos que quedaban de los palos mayores, se ata á ellos algunas velas, y se dirigen así hácia Cádiz.

Ya era de día, y lejos de mejorar el tiempo, era mucho peor, sin embargo de lo cual entró en Cádiz Gravina con los restos de la escuadra combinada, y la inglesa apareció á la vista de aquel puerto, con algunos de los buques apresados, so-

bre los cuales habia apuntado sus cañones. Despues de luchar todo el dia contra la tempestad, el comandante Bretonniere, que por no tener piloto, se habia valido de un marino que conocia los parages de Cádiz, llegó á la entrada de la bahia, cuando solo le quedaba una ancla de serviola y un cable grueso para resistir el viento que soplaba hacia la costa. Echa la espresada ancla y se confia á ella, devorado no obstante de inquietud, pues si cede, debe perecer el *Algeciras* en las rocas; como que por no conocer la bahia, habia anclado cerca de un escollo temible, llamado la Punta del Diamante. Pasó la noche entregado á terribles angustias, hasta que volvió á brillar el dia, esparciendo sus funestos rayos sobre aquella playa desolada, donde fué á estrellarse el *Bucentauro*, siempre desgraciado. Salvóse sin embargo parte de la tripulacion á bordo del *Indómito*, que habia fondeado no lejos de allí, y que ademas de tener pocas averias por haber peleado poco, estaba aferado á buenas anclas y buenos cables. En cuanto al *Algeciras*, todo el dia estuvo tirando cañonazos para pedir socorro, habiendo perecido algunas barcas que trataron de dárselo, hasta que una logró facilitarle una ancla pero muy delgada. Entonces permaneció amarrado junto al *Indómito*, al cual pidió le llevase á remolque, prometiendo este hacerlo así luego que fuera posible entrar en Cádiz. Cuando llegó la noche, y ya iban dos desde la funesta batalla, cogió á los dos navíos dando fondo al lado el uno del otro, no sin que la tripulacion del *Algeciras* mirase con terror las dos anclas en que estribaba su salvacion, y con envidia las del *Indómito*. A todo esto la tempestad

iba en aumento, cuando de pronto se oyó un grito espantoso: salia del *Indómito*, cuyas anclas no pudieron resistir á pesar de lo fuertes que eran, y que con todos sus fanales y la tripulacion agrupada en el puente, pasó muy cerca del *Algeciras*, y fué á estrellarse en la Punta del Diamante, haciendo un ruido horrible. Los fanales con que iba alumbrado, los gritos que en él oian, todo se desvaneció en las olas, pereciendo de una vez quinientos hombres, pues el *Indómito* llevaba á bordo casi toda su tripulacion, la del *Bucentauro*, los enfermos y heridos y parte de las tropas embarcadas á bordo del almirante.

Despues de presenciar tan cruel espectáculo y de hacer las reflexiones que eran naturales, vió el *Algeciras* brillar otro nuevo dia y aplacarse la tempestad, entrando al fin en la bahia de Cádiz y fondeando en una especie de ensenada, donde se hallaba fuera de peligro, en recompensa sin duda del heroismo que habia mostrado.

Mientras que aquellas trágicas aventuras tenian lugar, y el *Algeciras* entraba en Cádiz tan milagrosamente, el *Temible*, el mismo que se batió con tanta gloria contra el *Victoria*, y arrojó la bala que mató á Nelson, se iba á pique. Destruida la popa por las balas desprendióse de pronto, dando apenas tiempo para salvarse á cientodiez y nueve franceses, perdiéndose tambien en la costa de España el *Fogoso*, y estrellándose en las rocas de San Lucar el *Monarca*.

Por lo que hace á los ingleses, quedábanles muy pocos buques de los que habian apresado, y con los menos maltratados se mantenian en el mar á la vista de Cádiz, y siempre contrariados

por los vientos, los cuales no les habian permitido arribar á Gibraltar. Viendo esto el capitán Cosmao, que mandaba el *Pluton*, no pudo contener el zelo de que se hallaba animado, á pesar de que estaba acribillado su buque, y la tripulacion se reducía á la mitad. Tomó, pues, algunos marineros de la fragata *Hermione*, remendó su aparejo de prisa y corriendo, y desempeñando el empleo de gefe que le correspondia, pues todos los almirantes y contra almirantes habian muerto, se hallaban heridos ó prisioneros, mandó que aparejasen los buques que todavía estaban capaces de sufrir los golpes de mar, á fin de arrebatar de las manos de Collingwood á los franceses que llevaba tras sí. Hecho esto, salió el intrépido Cosmao en compañía del *Neptuno*, cuyo navío hizo cuanto pudo durante la batalla para trasladarse al fuego, y de otros tres navios franceses y españoles, á los cuales no habia cabido la hora de tomar parte en la lucha de Trafalgar. Los cinco buques, seguidos de otras tantas fragatas, que tambien tenian que acreditar su conducta, se aproximaron á la escuadra inglesa á pesar del mal tiempo, y creyendo Collingwood que eran otros tantos navios de línea, mandó que les saliesen al encuentro los diez suyos que menos averias habian sufrido. Para realizar aquel movimiento, tuvieron que abandonar parte de los buques apresados, de lo cual se aprovecharon las fragatas para apoderarse del *Santa Ana* y el *Neptun* y remolcarlos. En cuanto al comandante Cosmao, como no tenia fuerzas suficientes, y el viento no le favorecia, dió la vuelta á Cádiz, llevándose consigo á los dos navios que acababa de recobrar, único trofeo que pudo alcanzar en cam-

bio de tantas desgracias. Otro resultado además tuvo aquella salida, pues temiendo el almirante Collingwood no poder conservar su presa echó á pique ó quemó al *Santísima Trinidad*, el *Argonauta*, el *San Agustín* y el *Intrépido*.

El *Aguila* se escapó del navío inglés llamado la *Desconfianza*, y fué á encallar al Puerto de Santa María al paso que el *Berwick* se perdió por un acto de abnegacion parecido al que salvó al *Algeciras*.

Entre los buques que sacó de Cádiz el comandante Cosmao, hubo uno que no pudo volver á entrar, y fué el *Rayo*, cuyo navío pereció entre Rota y San Lucar.

Por último, el almirante inglés volvió á Gibraltar con solo cuatro buques de los diez y siete que habia apresado, siendo uno de ellos francés, esto es el *Sovietsure*, al cual fué preciso tambien echar á pique, y tres españoles.

Tal fué la fatal batalla de Trafalgar: marinos faltos de esperiencia, aliados mucho mas inesperados, una disciplina floja, un material descuidado, y en todas partes precipitacion con todo lo que de ella resulta; un gefe que conocia harto bien estas desventajas, que abrigaba presentimientos funesísimos en todos los mares á donde se dirigia, y hacia con su influjo que se frustasen los grandes proyectos de su soberano; este soberano irritado y no teniendo en cuenta obstáculos materiales, menos dificiles de salvar en tierra que por mar, y alligando con sus amargas reconvenciones á un almirante, á quien era preciso compadecer mejor que censurar; el almirante batiéndose desesperado, y la fortuna, que siempre es cruel con

los desgraciados, negándole hasta la ventaja del viento; la mitad de una escuadra paralizada por ignorancia y merced á los elementos, y la otra mitad peleando con furia; por una parte valor hijo del cálculo y la habilidad, y por otra heroica inesperienza, muertes sublimes, una carnicería espantosa, y destruccion nunca vista; despues del daño causado por los hombres, los estragos originados por la tempestad; el abismo devorando los trofeos del vencedor; y por último, el gefe triunfante sepultado en su triunfo, mientras el vencido pensaba en el suicidio como el único recurso que le quedaba en su dolor: tal fué, volvemos á decir, la fatal batalla de Trafalgar, con las causas que la promovieron, los resultados que tuvo y el trágico aspecto que presentó.

Podia sacarse sin embargo partido de semejante desastre, contando al mundo lo que habia sucedido, pues los combates que sostuvieron el *Temible*, el *Algeciras* y el *Aguilas* merecian ser citados con orgullo al propio tiempo que los triunfos de Ulm, y porque el valor desgraciado no es menos digno de admiracion que el afortunado, ademas de ser mas interesante; esto sin perjuicio de que eran bastante grandes los favores que nos dispensaba la fortuna para poder confesar abiertamente algunos de los reveses que nos hacia sufrir. Era preciso en seguida colmar de recompensas á los hombres que tan dignamente se habian portado, y someter á un consejo de guerra, á los que dejándose llevar del horror que inspiraba aquel espectáculo, se alejaron del fuego. Si, aunque hubiesen obrado bien en

otros lances, era preciso inocularlos por la necesidad que habia de restablecer la disciplina con terribles egemplos; era preciso sobre todo que al gobierno le sirviera de leccion aquella cruenta derrota; era preciso, que comprendiese que nada se hace con obrar pronto, y particularmente en asuntos de marina: era preciso, por último, que renunciase á presentar en linea de batalla, escuadras que no estuviesen acostumbradas á navegar, y que mientras no se verificaba esto se dedicase á formarlas, haciendo que cruzasen de una parte á otra y enviándolas á expediciones lejanas.

El rey de España, que era un sugeto excelente, aunque no se entregó á todos estos cálculos, comprendió en un mismo sistema de recompensa á los valientes y cobardes, queriendo que solo resaltase la honra conquistada por algunos marinos; debilidad natural en una corte como aquella, pero inspirada por un carácter bondadoso. Cuando se supo que el rey concedia un grado á todo el español que hubiese concurrido á la batalla de Trafalgar, ademas de las distinciones particulares que se concedian á los que mejor se hubieran portado, estaban mezclados en Cadiz con los marinos españoles los nuestros, algo repuestos de lo que habian sufrido; y abochornados casi los españoles de que se les premiase cuando no se hacia lo mismo con los franceses, dijeron á estos era probable recibiesen por su parte el premio á que se habian hecho acreedores por su valor. Empero no fué asi, pues tanto los marinos franceses valientes como los cobardes, fueron tratados de un mismo modo, es decir recogiendo el olvido.

Quando supo el almirante Decrés el desastre ocurrido en Trafalgar, se afligió profundamente, pues á pesar de que era hombre de talento, y tenia conocimientos muy profundos en marina, estaba condenado á anunciar reveses y mas reveses á un soberano que de todo lo demas salia triunfante. Comunicó inmediatamente tan tristes pormenores á Napoleon, que ligero como una águila se dirigia hácia Viena, y aunque no suele penetrar una noticia desgraciada en un alma embriagada de gozo por los triunfos que antes habia alcanzado, la derrota de Trafalgar apesadumbró á Napoleon, causándole un gran disgusto. Con todo no fué tan severo entonces como lo tenia de costumbre con el almirante Villeneuve, pues este infeliz habia peleado como un valiente, aunque con mucha imprudencia. Por lo demas, Napoleon obró entonces como suelen obrar en semejantes casos los hombres, sea cual fuere el temple de su alma; procuró olvidar aquella pesadumbre, é hizo esfuerzos porque los demas la olvidasen tambien, queriendo que se hablase poco de Trafalgar en los periódicos franceses, y que al hacerse mencion de lo allí ocurrido se dijese que por imprudencia se habia dado aquel combate, habiéndose causado mas daño la tempestad que el enemigo. Tampoco quiso premiar ni castigar, lo cual fué injusto é indigno no solo de él sino del talento de su gobierno; pero contribuyó y mucho á inspirarle aquella conducta tan mezquina la idea que ya habia empezado á abrigar de que no podia contar con la marina francesa. Sabia que era mucho mas seguro y fácil vencer á Inglaterra derrotando á los aliados que tenia á sueldo, arrebatán-

dole el continente, y espulsando de él su comercio é influjo, y era natural por lo mismo que prefiriese aquel medio, que usaba de un modo escelente, y que bien dispuesto, hubiera hecho ciertamente que lograse sus fines. Desde entonces, pues, empezó Napoleon á pensar menos que antes en la marina, y quiso que todo el mundo pensase menos tambien.

Hasta la misma Europa se prestó de buen grado á que se guardase silencio acerca de la batalla de Trafalgar, pues el ruido que hacian sus pasos en el continente impidió que se oyera el eco de los cañonazos que en aquel combate se dispararon, y las potencias, que tenian al pecho la espada de Napoleon, no podian tranquilizarse en manera alguna con una victoria naval, útil para Inglaterra solamente, y sin mas consecuencias que haber estendido su dominio comercial, contra los deseos de los demas paises, los cuales lo toleraban por que Francia les infundia zelos. Por otra parte, las glorias de la Gran Bretaña no indemnizaban á las potencias del Norte de su propia humillacion, pues ni Trafalgar eclipsaba el brillante resplandor de Ulm, ni como se verá mas adelante, neutralizaba ninguna de sus consecuencias.